

EL MOVIMIENTO ECUMÉNICO EN CUBA. SUS ESTRATEGIAS CONTRA LA POBREZA EN LOS ÚLTIMOS 20 AÑOS

Caridad Massón Sena¹

*Tenemos pues que empezar por abrir las puertas de la Iglesia,
salir al campo abierto, reconocer y compartir la realidad
del hecho humano que nos rodea, el fenómeno histórico
que ha ocurrido y ocurre en la Historia contemporánea
de nuestra Patria y del mundo [...]*

Sergio Arce

Las palabras que inauguran este trabajo fueron concebidas por un destacado líder de la Iglesia Presbiteriana de Cuba, en La Habana, en el año de 1965, para el folleto titulado *La misión de la iglesia en una sociedad socialista*. En ese mismo trabajo afirmaba:

[H]ablar de la Misión de la Iglesia en una sociedad socialista es aceptar con seriedad la existencia y la realidad de esa sociedad; y gústenos o no tomarla como lo que es, la ideología revolucionaria del mundo que nos ha tocado vivir, y al que debemos servir, porque para eso Dios nos ha llamado.

¹ Doctora en Ciencias Históricas por el Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona La Habana (Cuba). Actualmente está vinculada al Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.

[...] Como Iglesia, y como parte de nuestro testimonio, tendremos que tener un interés marcado por asegurar el mayor bienestar al mayor número posible, no como algo en abstracto, sino como una cosa bien concreta, en el medio y en la situación y momento particularmente que nos ha tocado vivir, con los recursos que Dios ponga en nuestras manos en esta Isla, en este día de hoy, con bloqueo, inclemencias del tiempo, estupideces de algunos, indiferencia de otros, o sabotajes, más o menos velados, de los demás. (Arce, 1965: 15-19)

Estas reflexiones nos avisan de las transformaciones que comenzaron a ocurrir en el pensamiento teológico protestante en Cuba, a raíz del triunfo de la Revolución. Mientras un grupo importante de miembros de las diferentes denominaciones evangélicas se iba de la isla, temeroso del curso socialista que tomaba el proceso iniciado en enero de 1959, otro pasaba a formar parte de la contrarrevolución y la mayoría se recogía a su accionar dentro de la iglesia, un pequeño conjunto de líderes religiosos emprendió el camino de la reflexión contextualizada de su fe y entendió que su lugar estaba con el pueblo. Una buena parte de esta labor se desarrolló dentro de los límites del movimiento ecuménico.

Han pasado más de cuarenta años desde entonces. En ese trayecto hemos podido apreciar cómo esas ideas encontraron seguidores, y cómo —aunque no de forma homogénea— dentro de los sectores ecuménicos ha ido creciendo la concientización del rol social que pueden asumir las iglesias tanto en entornos capitalistas, como socialistas. Este trabajo es la exposición de ese proceso, en el que se van entretejiendo el contexto de la historia cubana y la postura de las iglesias.

SITUACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL DE CUBA EN LOS ÚLTIMOS 20 AÑOS

El triunfo de la Revolución Cubana, además de cambios políticos, promovió profundas transformaciones económicas y socioclasistas. Desde fines de los años sesenta —afirma la investigadora cubana Mayra Espina—, cuando se había logrado dismantelar esencialmente la propiedad privada burguesa, y sólo se mantenían pequeñas propiedades agrarias, la sociedad cubana estuvo integrada por obreros, intelectuales, campesinos y una pequeña capa de trabajadores no estatales urbanos, a los cuales se unieron cooperativistas agropecuarios a mediados de los setenta. Sin embargo, durante la etapa posterior, de 1976 a 1988, la economía no alcanzó el desarrollo esperado y deseado, y se fortalecieron sectores económicos informales que provocaron la aparición de una estructura socioclasista paralela. Estas variaciones comenzaron a debilitar los núcleos sociales más importantes, y provocaron un aumento de los sectores

no vinculados a la producción material y los basados en la economía individual independiente (Espina Prieto, 1997).

Durante el quinquenio 1985-1990, el agotamiento del modelo de crecimiento extensivo adoptado provocó la desaceleración y el estancamiento económico, incongruencias entre los gastos sociales y los resultados productivos, desequilibrio en las finanzas, mercado negro, subempleo y caída del salario real. Fue necesario, entonces, iniciar un proceso de rectificación de errores y tendencias negativas, que no llegó a concluirse totalmente, pues la caída del sistema socialista en los países de Europa del Este y la Unión Soviética precipitó la crisis y la depresión económicas. A esta situación se unió el recrudecimiento del bloqueo de los Estados Unidos, a través de la promulgación de las leyes Torriceli (1992) y Helms Burton (1996).

El país se vio privado de las condiciones preferenciales que le otorgaban su pertenencia anterior al Consejo de Ayuda Mutua Económica, perdió sus mercados tradicionales, importantes suministros de materias primas, equipamiento técnico, así como capacidad de producción y de importación. El déficit de recursos impactó severamente la política social, y ello se tradujo en grandes carencias de alimentos, medicinas, servicios eléctricos, transporte, ropa, calzado, combustibles domésticos, entre otros.

Los costos sociales de la situación fueron importantes: se reavivaron problemas como la pobreza, la desigualdad social, la pérdida de valores, la tendencia al consumismo, la subvaloración del trabajo como criterio de distribución, la corrupción, la delincuencia, la prostitución, el alcoholismo y el consumo de drogas (Chavez Negrín, 2000; Espina Prieto, 1997).

En Cuba, hasta la década de los ochenta, habían existido relativamente pocos estudios sobre pobreza. Sin embargo, en las nuevas circunstancias se han incrementado visiblemente, y podemos clasificarlos en dos vertientes: los que consideran que no es aplicable ese concepto y asumen el de *población en riesgo* de no poder satisfacer algunas necesidades básicas, y los que sostienen que se puede hablar de pobreza, aunque con sus especificidades, pues en la isla no existen niveles críticos o extremos, porque la población cubana disfruta de la garantía de acceso gratuito a los principales servicios de educación, salud, seguridad y asistencia social. Sin embargo, entre 1988 y 1996, el porcentaje de la población urbana *en riesgo* aumentó en más del doble, lo cual se reflejó con mayor agudeza en la región oriental del país, donde vive el 30% de esa población.

En 2001 se realizó un estudio sobre pobreza en La Habana, en el cual se tipificaron las principales características sociales, económicas y demográficas de las familias más vulnerables, a saber: familias con una carga demográfica elevada, con pocos miembros económicamente activos o la mayoría de sus

miembros desocupada, con asalariados de muy bajos ingresos laborales y cuya escolaridad promedio, aunque cercana a los 10 grados de estudio, era menor que en las restantes. Los grupos sociales más afectados eran los jóvenes, los niños, los ancianos y los beneficiarios de la asistencia social por problemas de salud, que en muchos casos viven en condiciones precarias de vivienda, en presencia de conflictos intrafamiliares y desigualdad de género, que afectan el funcionamiento familiar. Otro de los principales factores asociados a la mayor desigualdad de ingresos monetarios está relacionado con la no posesión de una fuente estable de ingresos en divisas (CEPAL, INIE y PNUD, 2004; Chávez Negrín, 2000).

En suma, durante estos últimos 20 años, el pueblo cubano ha pasado por una profunda crisis, que ha requerido del esfuerzo de todos los organismos estatales, políticos y de la sociedad civil para salir adelante. Dentro de esta última, se destacan los esfuerzos de las iglesias evangélicas por implementar acciones que ayuden a mejorar los niveles de vida de la población.

EL MOVIMIENTO ECUMÉNICO CUBANO. SU HISTORIA ANTES DE LA REVOLUCIÓN

Las primeras iglesias protestantes en Cuba surgieron en la segunda mitad del siglo XIX, a partir de la labor de varios cubanos que habían conocido el evangelio en los Estados Unidos. Sus líderes principales mantuvieron posiciones a favor de la independencia, por lo que se les ha dado en llamar “misioneros patriotas”, y tuvieron cierta participación en la lucha contra la metrópoli española.

A raíz de la guerra de 1895, estos pastores fueron hostigados por las autoridades y se marcharon al exilio o a los campos de “Cuba Libre”, por lo cual sus iglesias prácticamente desaparecieron. Sin embargo, con la intervención de los Estados Unidos en la isla, a fines de la centuria, las obras protestantes tuvieron un fuerte impulso, esta vez de la mano de las juntas de misiones de iglesias históricas norteamericanas, como las Bautistas del Norte y del Sur, la Episcopal, la Metodista del Sur, las Presbiterianas del Norte y del Sur, la Sociedad de los Amigos (Cuáqueros), la Congregacional y los Discípulos de Cristo. En esos primeros momentos, la gestión social de esas iglesias se centró en proyectos humanistas filantrópicos, de beneficencia y de ayuda a las víctimas de la contienda que acababa de concluir (Pérez, 2000).

En principio, este conjunto diverso de denominaciones estableció lazos de confraternidad, y acuerdos para no interferirse las unas a las otras. Con ese propósito realizaron dos Conferencias de Obreros Evangélicos, una en 1902 y otra en 1905.

En 1916 visitó la Isla el ministro metodista John Mott, quien transmitió a las iglesias la necesidad de trabajar unidas. En esa época, presbiterianos y episcopales mostraron su disposición a colaborar en ese sentido, mientras que los metodistas no les dieron apoyo. No sería sino hasta el año 1940, cuando Mott volvió a Cuba, que sus ideas fueron acogidas mayoritariamente, a tal punto que el 28 de mayo de 1941 se logró fundar, bajo la presidencia del metodista S.A. Neblett, el Concilio de Iglesias Evangélicas de Cuba. Cinco años más tarde, en 1946, se inauguró el Seminario Evangélico Teológico de Matanzas, con la colaboración de metodistas y presbiterianos y, más tarde, de episcopales y bautistas orientales. El Consejo Mundial de Iglesias vio la luz en 1948 (Guiribitey, 1996).

Las principales características de aquella etapa ecuménica fueron la unidad para enfrentar la irrupción del pentecostalismo y la fuerza del catolicismo, y la alta influencia de las misiones norteamericanas, aunque —para esa década— ya se había producido cierta nacionalización entre sus líderes. En ese momento se crearon comisiones de trabajo para realizar algunas acciones de contenido social entre habitantes de escasos recursos (Guiribitey, 1991).

El protestantismo que había llegado a Cuba se caracterizó por una fuerte tendencia al pietismo, la vida de sanidad y cierto individualismo, a la par que por una visión dicotómica en la que predominaba la repulsa a la realidad mundana a favor del mundo divino. Al propio tiempo se observaba un tratamiento ambiguo en el plano social y político. Mientras una parte de los creyentes protestaba por las desigualdades y la injusticia, otro grupo reforzó sus vínculos con el Estado y legitimó la expansión norteamericana en el país.

Dada la importancia de la educación como elemento evangelizador y medio de progreso, las denominaciones protestantes establecieron colegios dotados de modernos métodos y medios de enseñanza, donde además se promovía el modelo de vida norteamericano y, en muchas ocasiones, se establecieron patrones de conducta racistas (Ramírez Calzadilla, 1997). Sus escuelas privadas (de precios módicos) iban desde el nivel de preescolar al preuniversitario; también tenían centros de enseñanza técnica, vocacional y universitaria. Consideraban que así se les daba a los niños y jóvenes la oportunidad de autosuperación.

La educación crea el deseo —pensaba la bautista Una Roberts Lawrence— de mejores condiciones de vida, hace que los niños y las niñas se sientan descontentos con la vieja forma de hacer las cosas, despierta en sus mentes el deseo de mejores oportunidades que las que se les ofrecieron a sus padres en el pasado. El contacto con el mundo ayuda a que esto ocurra, y seguramente, el poder para despertar a una forma vital de cristianismo desempeñará un papel nada desdeñable en ello. (Pérez, 2000: 87)

Muchos de esos mismos cubanos que se formaron en los principios de esas escuelas religiosas experimentaron la contradicción de una prédica individualista, dualista, y las exigencias terrenales que mostraban la necesidad de la justicia social, que también estaba en la palabra de Dios. Para Jacobo Guiribitey, historiador protestante,

[...] el momento más relevante de la lucha del protestantismo por la sociedad cubana está dado a partir del Golpe de Estado de [Fulgencio] Batista producido en 1952, cuando líderes del Concilio de Iglesias Evangélicas de Cuba persuadieron a líderes protestantes y a parroquias locales a alistarse en la batalla por el derrocamiento de la dictadura. (Guiribitey, 1996: 49)

Afirma también que el presidente Batista trató de comprarlos con regalos, donaciones y tratamiento preferencial, pero no logró su propósito, pues la mayoría repudiaba al gobierno, y algunos participaron en la lucha armada o en labores de apoyo a la oposición antibatistiana (Guiribitey, 1991).

EL ECUMENISMO Y LAS IGLESIAS EVANGÉLICAS DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN

El triunfo revolucionario del primero de enero de 1959 provocó alegría en la mayor parte del pueblo cubano, incluyendo a los sectores evangélicos. Sin embargo, una vez que el proceso comenzó a radicalizarse, y se fueron dando pasos que presumían una orientación socialista, los sectores más reaccionarios comenzaron a utilizar consignas de orden religioso para azuzar los odios internos, y ello se reflejó también dentro del Concilio de Iglesias, cuyos líderes principales trataron de manipular esos sentimientos. Primero sacaron de su dirección al reverendo Raúl Fernández Ceballos, quien había tomado partido a favor de la Revolución, y luego, en un período de crisis organizativa, el director del Seminario de Matanzas, Alfonso Rodríguez Hidalgo, convocó a sus integrantes a fundar un frente anticomunista. El rechazo abierto del propio Ceballos y del Dr. Adolfo Ham de la Convención Bautista Oriental impidió que se llevara a cabo la propuesta.

Siguió entonces un período sumamente difícil. Tanto los líderes como los creyentes que se sentían vinculados al proceso revolucionario sufrieron una doble incompreensión. Muchas veces, las personas ajenas a las iglesias los acusaban de no definirse abiertamente por la Revolución; mientras que los de adentro pensaban que estaban transgrediendo sus principios religiosos.

En enero de 1961, la ruptura de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos provocó ansiedad y desconcierto en medios evangélicos; muchas matri-

ces de estas iglesias eran norteamericanas y constituían su soporte económico. Otras medidas, como la nacionalización de las escuelas privadas y la declaración del carácter socialista de la Revolución, crearon más inconformidad entre ellos. Una respuesta a estas leyes fue el éxodo hacia EE.UU. En los 10 primeros años posteriores a 1959, alrededor del 70% de los pastores abandonó el país; entre ellos, casi la totalidad de los extranjeros (Ramos, 1986).

En 1964, en una reunión del Consejo Mundial de Iglesias celebrada en México, se planteó la necesidad de que los cristianos evangélicos jugaran un rol activo en sus distintas sociedades. En ese sentido, dicho Consejo decidió fortalecer su obra en la Isla, con apoyo tanto moral como financiero, y pusieron en práctica su Plan Cuba. A partir de ese momento se reorganizó el Concilio Cubano de Iglesias Evangélicas, con la ayuda de dirigentes de diferentes denominaciones: presbiterianos, metodistas, episcopales, bautistas orientales e, incluso, de la Iglesia Cristiana Pentecostal, algo inédito hasta ese momento.

El Concilio trabajó para lograr una representación frente al Estado, desarrolló investigaciones, adquirió literatura, etc. Su actividad se desplegó en un ambiente de respeto a las leyes de la nación, y en 1966 cambió su nombre por el de Consejo de Iglesias. Sin embargo, otras cuestiones embarazosas surgieron en esta etapa para dificultar las relaciones Iglesia-Estado. Una fue el establecimiento del Servicio Militar Obligatorio, a partir de 1964, y otra la puesta en funcionamiento de las Unidades Militares de Apoyo a la Producción (UMAP), desde noviembre de 1965. Para dichas unidades se crearon campamentos de producción agrícola, a donde fueron llevadas, para cumplir un período similar al servicio militar, personas que se definieron como “no confiables socialmente”: vagabundos, holgazanes, homosexuales, desajustados, delincuentes, curas católicos, pastores evangélicos y Testigos de Jehová, con propósitos de “reeducación”. La oposición a las mismas llevó a la dirección del país a disolverlas en junio de 1968.

Entre tanto, en esa etapa, una parte de las iglesias protestantes logró la autonomía de sus matrices estadounidenses. Antes de la Revolución, la única que había alcanzado su independencia era la Iglesia de los Amigos; en 1963 lo hizo la Convención Bautista Oriental; la Episcopal, en 1966; y los presbiterianos acordaron su segregación del Sínodo de New Jersey en el 67.

Paralelamente, el liderazgo protestante cubano recibió la influencia de posiciones progresistas religiosas de carácter internacional, que llevó a algunos a repensar su postura religiosa desde otros ángulos. Entre esas influencias se destacaron la teología de Karl Barth, las proyecciones de Juan A. Mackay y Mauricio López, la labor de concientización social y antirracista de Martin Luther King, la gestación en América Latina de la Teología de la Liberación, y la lucha de Camilo Torres. A ese proceso de reflexión contextualizada de la fe

cristiana le dieron un gran aporte las jornadas teológicas que llevaban el nombre del sacerdote colombiano comenzadas a partir de 1970.

Por su parte, en 1971, el Primer Congreso de Educación y Cultura declaró oficialmente el carácter ateo de la enseñanza en Cuba; y aunque no destacó el fenómeno religioso como algo a priorizar, sí reafirmó la separación Iglesia-Estado y el derecho individual a practicar o no una creencia, sin que ello implicara discriminación. Estos principios fueron ratificados en el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, en 1975. Paradójicamente, durante su visita a Chile, el comandante en jefe, Fidel Castro, había afirmado que el acercamiento entre cristianos y marxistas tenía un carácter estratégico: unidos debían enfrentar el proceso de liberación de los pueblos de América Latina.

Al mismo tiempo, y particularmente dentro de las iglesias históricas y del Consejo, se fueron produciendo importantes pronunciamientos de orden político, como la condena al genocidio yanqui en Vietnam y la declaración de la Revolución como un proceso irreversible y transformador de las estructuras sociales, que ofrecía una perspectiva de participación a los cristianos.

En 1977, el Consejo decidió cambiar su nombre por uno más inclusivo, Consejo Ecueménico de Cuba; y en los albores de los ochenta constató un fortalecimiento de su proyección de interés nacional. Por varios años consecutivos se convocó a una semana de trabajo voluntario en la agricultura, que concluía con un encuentro teórico y un culto fraternal con participación de invitados extranjeros y jóvenes comunistas cubanos.

Además, bajo la inspiración del evangelio social, se asumieron posiciones radicales. Los criterios de sus propios protagonistas nos muestran un cambio profundo. Para el dirigente ecuménico Israel Batista, la Revolución los había tomado por "asalto", llevándolos a una lectura política del evangelio, para lo cual no estaban preparados en el momento del triunfo. Por eso, en los tiempos iniciales no les había importado el medio, no se habían solidarizado con el mundo; sin embargo, el ecumenismo contribuyó a darle un fuerte impulso a su pensamiento social, a relacionarse con su entorno de otra manera (Batista, 1983: 71).

También fue cambiando la relación del Estado cubano con las iglesias. El comandante Fidel Castro se reunió en 1984 con 14 líderes ecuménicos. En ese encuentro, estos plantearon sus inquietudes, relacionadas con manifestaciones de discriminación que sufrían los creyentes, tanto en los centros laborales como en los estudiantiles. Tal vez debido a eso, aunque también a otras consideraciones, el Tercer Congreso y el Programa del Partido Comunista de 1986 reconocieron que la fe podía ser una fuente movilizadora para la transformación del mundo, que el creyente no era enemigo de la Revolución, y se manifestaron contra cualquier tipo de discriminación en ese sentido.

En varias visitas del presidente cubano por países de América Latina había señalado su admiración por la actitud política de muchos religiosos de base, y su lucha contra la injusticia social, al propio tiempo que señalaba las razones por las cuales entendía que en Cuba estos sectores no podían pertenecer a las filas del Partido Comunista:

Desgraciadamente —apuntaba— no es que no haya cristianos, y cristianos buenos; los problemas allí han sido de otra naturaleza. Nosotros no tenemos, no hemos tenido una iglesia de los pobres en la Iglesia que era mayoritaria, que era la Católica; no la hemos tenido, y qué extraordinaria falta nos habría hecho y cómo podríamos, incluso, multiplicar la influencia de nuestra Revolución si hubiera sido así. (Castro, 1985: 160)

Sus palabras provocaron un sentimiento de pesar entre los evangélicos cubanos simpatizantes o partícipes del proceso revolucionario, porque estimaron que se medía a todos con el mismo rasero. Entonces, la dirección del Consejo Ecuménico pidió a las más altas instancias del país la realización de un encuentro para expresar sus opiniones. La reunión se efectuó el 2 de abril de 1990, y fue presidida por Fidel Castro. En ella se planteó la disposición de los protestantes-evangélicos para acompañar al pueblo cubano en cualquier circunstancia, cooperar para el logro de la unidad y sumarse a la construcción de las obras sociales necesarias para el mejoramiento de la vida de los ciudadanos. Pero también se expresaron las incomprensiones y la discriminación que todavía sufrían los religiosos cuando se disponían a realizar determinadas tareas, de las cuales se les había excluido (Carta Histórica del Consejo Ecuménico de Cuba, 1991: 1).

En las conclusiones del encuentro, el gobernante cubano hizo una reflexión que conllevaría una variación de la política existente. Dichos cambios se materializaron en el IV Congreso del Partido Comunista, en el cual se aprobó una enmienda a los estatutos de esa organización, que destacaba explícitamente que la tenencia de cualquier tipo de fe religiosa no era impedimento para ingresar a sus filas.

A raíz de esos acuerdos se realizaron reformas a la Carta Magna de la República, para enfatizar la libertad religiosa, la separación del Estado y las iglesias, así como la igualdad de las diferentes creencias; señalaba la proscripción de cualquier forma discriminatoria, y destacaba las garantías para cualquier ciudadano, a fin de ejercer o no una creencia religiosa, siempre y cuando ello no atentara contra el cumplimiento de las leyes. Este proceso culminó al resultar electos por primera vez como diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular los destacados dirigentes evangélicos Raúl Suárez (bautista) y Sergio

Arce (presbiteriano), en 1992, y, más adelante, el reverendo episcopal Pablo Odén Marichal; cuestión que fue altamente valorada por los ministros y el pueblo cristianos.

Otras medidas gubernamentales más recientes, que han sido altamente valoradas por los sectores religiosos, fueron el apoyo a la visita del Papa Juan Pablo II a la Isla, en 1998, la autorización de la celebración de las navidades, declarando a esos efectos como día feriado el 25 de diciembre de ese mismo año, y el desarrollo a nivel nacional de las Celebraciones Evangélicas en 1999.

ESTRATEGIA DEL MOVIMIENTO ECUMÉNICO CUBANO EN BENEFICIO DE LOS SECTORES SOCIALES MÁS VULNERABLES

En estos últimos veinte años, el ámbito religioso protestante cubano ha estado integrado por un numeroso conjunto de denominaciones que, de acuerdo con la época de su surgimiento, han sido catalogadas como iglesias históricas (bautista, metodista, presbiteriana, etc.) e iglesias tardías (pentecostales, adventistas, gedeonistas y otras). En ese contexto, no todas tienen las mismas posiciones sociales.

Mientras dentro de un grupo de ellas predomina la teología contextualizada (a la cual me he referido antes), centrada en la *Biblia* y volcada hacia lo social, en otro segmento se observa una proyección muy espiritualizada, que se orienta hacia los aspectos del interior humano y se aleja de la práctica cotidiana (Ramírez Calzadilla, 1997). El primer grupo ha estado generalmente relacionado con el movimiento ecuménico y con el Consejo de Iglesias de Cuba.²

² El Consejo de Iglesias de Cuba en la actualidad está integrado, en calidad de miembros efectivos, por las iglesias Apostólica de Jesucristo, Bautista Libre, Congregacional Pentecostal, Cristiana Pentecostal, Cristiana Reformada, de Dios, Ejército de Salvación, Episcopal, Evangélica Getsemaní, de Cristo, Evangélica de Confesión Luterana, Misiones Amplias Mundiales, Evangélica Libre, Hermandad Cristiana Agraria, Los Amigos, Luz de Dios Pentecostal, Metodista, Misión Mundial, Misionera de Dios, del Nazareno, Presbiteriana Reformada, Santidad Pentecostal y la Fraternidad de Iglesias Bautistas. Como observadoras participan las Iglesias Biblia Abierta, Ortodoxa Griega y Gracia Soberana. Como asociaciones fraternales la Iglesia Evangélica Bethel Autónoma “Voz de Fe”, la Unidad de Hermanos Moravos de Cuba, la Iglesia Evangélica Unida, la Comunidad Cristiana Internacional, la Comunidad Hebrea y la Asociación de Autorrealización Yoga. Además, pertenecen al Consejo de Iglesias diferentes organizaciones como la Acción Social Ecuménica Latinoamericana (ASEL), el Movimiento Estudiantil Cristiano (MEC), el Centro de Información Ecuménico Augusto Cotto, el Centro Memorial Martin Luther King Jr, el Centro de Estudios de Historia de las Iglesias de América Latina (CEHILA), la Conferencia Cristiana por la Paz (CCP), el Movimiento Koinonía, la Coordinación Obrera-Estudiantil Bautista de Cuba (COEBAC), el Seminario Evangélico de Teología, la Unión Latinoamericana de Juventudes Evangélicas (ULAJE), la Confraternidad Interdenominacional de Ministros y Pastores Evangélicos de Cuba (CIMPEC) y el Centro Cristiano de Reflexión y Diálogo de Cárdenas.

En medio de las difíciles circunstancias de los años noventa, las religiones en Cuba experimentaron un reavivamiento importante, particularmente intenso dentro de las iglesias evangélicas. Para 1997 (y de entonces acá debe haberse producido un discreto crecimiento) existían 54 iglesias evangélicas reconocidas oficialmente, 1.100 pastores (mayoritariamente cubanos), 900 templos, 500 casas-cultos, 4 hogares de ancianos bajo su administración, 8 seminarios para la formación de pastores y numerosas publicaciones internas y nacionales (Ramírez Calzadilla, 1997).

Con anterioridad, había visitado la Isla el señor Werner Rostan, secretario ejecutivo para América Latina y el Caribe de la Agencia de Cooperación para el Desarrollo “Pan para el Mundo” de las iglesias protestantes alemanas, quien estaba promoviendo proyectos de asistencia y desarrollo sostenible. En aquellos momentos no se llegó a acuerdos de importancia; sin embargo, al comenzar la crisis, el Consejo Ecuménico de Cuba, en su asamblea nacional de 1991, hizo un llamamiento de ayuda internacional, y esta Agencia fue una de las primeras organizaciones en aceptar la convocatoria.

En diciembre de ese mismo año se efectuó el Encuentro Continental de Acompañamiento Pastoral con la Iglesia y el Pueblo Cubanos, auspiciado por los Consejos de Iglesias de América Latina, el Caribe, Estados Unidos y Canadá, que alentó un movimiento de apoyo material y espiritual relevante, el cual permitió la creación del Departamento de Coordinación y Asesoría de Proyectos (DECAP) y de la Comisión Médica del Consejo Ecuménico.

Presidido inicialmente por el reverendo bautista Raúl Suárez, el DECAP emprendió programas de seguridad alimenticia, ecología, energía y eclesial. En sus inicios contó con la asesoría del licenciado Günter Koschwitz, cooperante de la agencia alemana Servicios de Ultramar, que tenía experiencia en programas de este tipo y, en breve tiempo, se logró que el mencionado departamento fuera la única cobertura nacional abierta al trabajo con todas las iglesias evangélicas que quisieran apoyar proyectos de desarrollo sostenible y otros tipos de ayudas, estuvieran o no dentro del Consejo.

La urgencia con que trabajaron impidió que en aquellos primeros momentos se hicieran las reflexiones teológicas necesarias que avalaban las labores emprendidas —así lo creen algunos directivos del departamento, como la doctora Noemí Gorrín, del programa Vida y Salud Comunitaria. Ello provocó incomprendiones por parte de algunos líderes y miembros de las iglesias. También tuvieron que prepararse en la práctica para enfrentar esa misión, en la cual carecían de experiencia, pues, con excepción del Ejército de Salvación y otras pocas iglesias, no habían practicado ese tipo de propuesta social. Para ello fueron enviados a la India y a otros países de América Latina varios integrantes del departamento; allí conocieron proyectos interesantes, en los cuales

las instituciones religiosas proporcionaban ayuda a los pobres sin exigirles una conversión de su fe a favor del protestantismo (Massón, 2007):

El empeño exigió un trabajo de sensibilización con los presidentes de obras de las diferentes iglesias cubanas, para que entendieran que el accionar de la iglesia no era solamente evangelizar —nos cuenta la doctora Gorrín. Y tuvimos que prepararnos teológicamente, buscar en la *Biblia*. Analizar qué aval tenía la *Biblia* que expresara la obra de servicio a los demás. Profundizar en la vida de Jesucristo en la tierra; lo que Él hizo para servir a los pobres, a los necesitados, a los enfermos.

Otra cuestión muy importante fue la búsqueda de

[...] profesionales (especialmente de la esfera de la salud), que fueran creyentes, que de su tiempo libre, con una situación de crisis económica que todo el mundo vivía, que todos estaban sintiendo, sin luz eléctrica, con muchas necesidades, nos ayudaran a asumir esta tarea [...]. Se trabajó en grandes áreas. Primero en busca de proyectos que fueran para el desarrollo y que estimularan la sostenibilidad, y segundo que beneficiara al sistema de salud cubana, tanto con medicamentos como a los grupos sociales más vulnerables del país (niños, ancianos, o personas más afectadas por el período especial). Fue un vuelco que dio esta institución, que se dedicaba puramente al trabajo religioso, con un departamento de fondo de las iglesias, de estudios bíblicos. Todo puramente para alentar a la iglesia. De esa forma se rompe este esquema; por lo tanto, se hace un nuevo enfoque al trabajo institucional; pero esto también hizo que nosotros nos formáramos; nunca habíamos andado en esa dirección. (Massón, 2007)

Para realizar un diagnóstico de los principales problemas a tratar, visitaron las provincias, se reunieron con las autoridades locales para oír sus criterios, luego los confrontaron con los miembros de las iglesias de esos municipios y, a partir de ahí, seleccionaron las prioridades a resolver o mejorar. Conocieron del aumento del alcoholismo, de la existencia de ancianos sin amparo filial, de los enfermos de SIDA, las medicinas que más escaseaban, los problemas de convivencia familiar y generacional, las necesidades urgentes de los discapacitados, etc.

Entre el año 2000 y el 2003 se produjo una reestructuración del Consejo, y se creó el área de diaconía (servicio) que reorganizó todo este trabajo. El DECAP pasó a ser el Programa de Desarrollo Sostenible; la Comisión Médica se convirtió en el Programa de Vida y Salud Comunitaria; se creó la Pastoral de los Discapacitados; surgió un cuarto proyecto, que tiene que ver con la reparación de los templos y la infraestructura eclesial, además de una comisión que se activa cuando ocurren desastres naturales.

La documentación del Consejo de Iglesias nos refiere que las líneas estratégicas del Programa de Desarrollo Sostenible en la actualidad son: la eclesial, que trabaja para facilitar un compromiso social de las iglesias con sus hermanos, dentro y fuera de ellas; la ecológica, que promueve la defensa del medio natural a través de actividades didácticas, educativas y promocionales; y la de seguridad alimentaria, que auspicia proyectos descentralizados y diversificados para incentivar la producción agropecuaria. Otras líneas de intervención son la energética, para fomentar fuentes de energías alternativas (uso del biogás y las energías hidráulica, eólica y solar); la de género, para propiciar enfoques no discriminatorios a nivel de trabajo comunal; y la de comunicación, para dar a conocer los métodos y acciones en ejecución (Consejo de Iglesias de Cuba [CIC], s.f.).

El 56% de los proyectos está relacionado con el desarrollo sostenible; el 18% con ayuda humana y emergencias; el 10% con la coordinación, asesoría y desarrollo; y el 16% con la infraestructura eclesial. Los países que intervienen en los mismos son: Alemania, con 14 instituciones; Canadá, con 7; España, con 5; Estados Unidos, Bélgica y Suiza, con 2 respectivamente; e Inglaterra, con una.

Desde su creación, hasta hoy, se han patrocinado decenas de microproyectos para el autoconsumo de familias e instituciones (huertos populares, fábricas de conservas artesanales, medicina verde, desarrollo porcino, cunícola y caprino, vivero de árboles frutales, diversificación agrícola), la explotación de fuentes energéticas alternativas, la reparación de escuelas, hospitales y viviendas, la entrega de alimentos, etc.

Veamos algunos ejemplos concretos:

1. Para la lucha biológica en comunidades campesinas de Matanzas y Sancti Spíritus se realizó una donación de 238.784 dólares entre 1991-1999, que favoreció el manejo de plagas por medios biológicos, la creación de 4 laboratorios, la formación de personal especializado, así como la elaboración de materiales didácticos y seminarios a los horticultores.

2. Para poner en marcha una planta de biogás en Turiguanó, entre 1989 y 1991 se otorgaron 100 mil dólares. Esta instalación permite el tratamiento de los residuales de un cebadero vacuno de dos mil cabezas de ganado para obtener gas y fertilizantes orgánicos.

3. Con la entrega de 524 mil dólares se pudo poner a disposición de 365 familias de Jaruco y 1.700 de Peñas Blancas el uso de gas natural como combustible doméstico.

4. Entre 1993 y 1995 se entregó a la industria farmacéutica cubana un millón de dólares en materias primas, para elaborar 26 tipos de medicamentos.

5. Con 281 mil dólares donados en 1993 se pudo adquirir leche en polvo para 59 instituciones infantiles, geriátricas, hospitalarias y sanatorios de enfermos de SIDA.

6. Ese mismo año se otorgaron 28 mil dólares para la puesta en funcionamiento de una fábrica de tejas para cubiertas de viviendas.

7. Se entregaron para la compra de equipamientos 18 mil dólares a una escuela especial de retrasados mentales de Cárdenas; 50 mil dólares a un círculo infantil de minusválidos del municipio Playa; 140 mil dólares a una escuela especial en Matanzas; 65 mil dólares para la rehabilitación de mujeres en el Hospital Psiquiátrico de La Habana; y 142 mil dólares para un hogar de ancianos de Mariano.

Por su parte, el programa Vida y Salud Comunitaria, que implementa proyectos para contribuir con el bienestar y el desarrollo material y espiritual de los grupos más vulnerables de la población, está conformado por las siguientes líneas de trabajo:

1. “Prevención a la Ceguera” por causas curables (retinopatías de prematuridad, cataratas y baja visión), que contribuye a la preparación de especialistas, material terapéutico para intervenciones quirúrgicas y medicamentos.

2. “Vida plena”, que incluye la producción de medicinas con materias primas naturales, salud reproductiva y lucha contra el alcoholismo.

3. “Mujer y Salud”, que apoya la creación de talleres para la producción de canastillas a las mujeres ingresadas en hogares maternos.

4. “Cultura Familiar”, que realiza actividades a favor de la convivencia familiar y la cotidianidad.

5. “Cuidadores Domiciliarios”, que capacita a personas encargadas de cuidar a ancianos que se encuentran en estado de dependencia en la comunidad.

6. “Atención al Adulto Mayor”, cuyo fin es mejorar la calidad de vida de los ancianos.

7. “Emergencia ante Huracanes”, que tiene el objetivo de ayudar a los damnificados de diferentes eventos ciclónicos que periódicamente ocurren en Cuba. (CIC, 2006)

En la actualidad existe un total de 46 denominaciones (algunas son miembros del CIC y otras no), que

[...] de una forma u otra han sentido la necesidad o el llamado de hacer algún servicio social para las personas necesitadas. Este tipo de labor antes de los noventa nunca se había hecho en Cuba. Ni antes, ni después de la Revolución tampoco. (Massón, 2007)

Estos proyectos van unidos a la labor asistencial que se desarrolla. Podemos destacar la atención a los alcohólicos, para lo cual se han creado, en la parte oriental de la Isla, alrededor de 13 grupos de autoayuda, integrada por alcohólicos anónimos, profesionales, médicos, sicólogos, siquiátras, que han hecho trabajo en salones anexos a las iglesias; el trabajo de acompañamiento a ancianos sin familia, iniciado en ciudad de La Habana y extendido a otras 10 provincias, cuya atención consiste fundamentalmente en bañarlos, darles alimentos y ropa, y garantizarles compañía y cariño. Como los enfermos de SIDA son más reticentes a este tipo de ayuda, en coordinación con el Centro Nacional de Educación Sexual se han impartido cursos para crear consejeros y promotores de salud sexual entre adolescentes, jóvenes y mujeres de las comunidades cercanas a los templos.

Dentro del Consejo, pero como instituciones autónomas, existen varias dedicadas al trabajo comunitario, aplicando métodos de la educación popular. Entre ellas se destacan el Centro Martin Luther King jr., en Marianao, y el Centro Cristiano de Servicio y Capacitación Bartolomé Gregorio Lavastida, de Santiago de Cuba.

Los mayores retos que enfrenta la estrategia del movimiento ecuménico cubano para contribuir a mejorar la situación de las personas más vulnerables y en peores condiciones socio-económicas en nuestro país, están en la intensificación del bloqueo norteamericano y la prohibición de viajes de ciudadanos de esa nación a Cuba, lo cual afecta la entrega de donaciones humanitarias desde cualquier lugar del mundo, y los contactos normales entre las iglesias locales y sus similares en los Estados Unidos, así como las presiones políticas que se ejercen sobre las instituciones dispuestas a ayudar al pueblo cubano y las acusaciones de comunistas a los miembros del Consejo de Iglesias. También, a veces se encuentran con incomprendiones de instituciones estatales en la ejecución de los proyectos que llevan adelante, si estos no están totalmente conformes con las líneas de trabajo de esas instancias.

No obstante las dificultades señaladas, la labor realizada es encomiable y paradigmática de lo que pueden aportar las iglesias conscientes de su función social, incluso en contextos socialistas donde el Estado prioriza en sus políticas públicas la atención al pueblo.

CONCLUSIONES

Como ha afirmado el teólogo belga François Houtart, la lucha contra la “pobreza que desarrolla un discurso altruista y político asistencial o puntualmente válido (pequeño crédito, formación técnica)” contribuye a mejorar la situación de los ciudadanos y sólo logra una eficacia aleatoria si está imbricada en un

entorno donde predominan las políticas macroeconómicas capitalistas que pretenden

[...] acrecentar la precariedad de los trabajadores, concentrar la riqueza, destruir las protecciones sociales, eliminar el patrimonio colectivo por privatizaciones intempestivas, consagrar los recursos públicos a gastos rentables para el capital que son dañinos para las poblaciones [...] y el medio ambiente. (Houtart, 2006: 68)

Pero ese no es el caso de Cuba, y es algo que reconocen las propias iglesias y muchas instituciones internacionales.

La colaboración del movimiento ecuménico cubano, como parte de la sociedad civil de este país, ha contribuido con sus proyectos y ayudas al mejoramiento paulatino de la situación y se ha imbricado, a veces con dificultad, con la política del Estado, encaminada a salir de la crisis sin descargar el peso de la misma sobre los sectores más desprotegidos; muy por el contrario, tratando de preservar los mejores logros de la Revolución.

En ese contexto, el movimiento ecuménico cubano ha podido llevar a cabo un importante trabajo, en el cual se combinan las propuestas asistenciales a los grupos más vulnerables con una estrategia institucional que está en concordancia con los propósitos de la sociedad socialista en la Isla. Consciente de la necesidad de analizar la pobreza desde una perspectiva multidimensional, tiene en cuenta que la pobreza no sólo depende del bienestar económico de las personas, sino también de sus capacidades para adoptar decisiones bien informadas, y de la posibilidad de evitar cualquier tipo de exclusión social. En ese sentido ha abandonado su proyección tradicionalmente individualista, que preconizaba décadas atrás, para hacer una reflexión teológica contextualizada, que trata de ayudar al prójimo, sea religioso o no. Al mismo tiempo, ha luchado por eliminar las actitudes discriminatorias que con respecto a los creyentes se mantenían en nuestra sociedad, y ha logrado a nivel internacional una campaña de concientización de la necesidad de la solidaridad con el pueblo cubano, concretada en numerosos proyectos que benefician a los ciudadanos, y especialmente a los más desprotegidos.

BIBLIOGRAFÍA

- Arce, Sergio (1965). *La misión de la iglesia en una sociedad socialista*. La Habana: s.e.
- Batista, Israel (1983). "Las contribuciones del Movimiento Ecuménico Cubano al pensamiento social de las iglesias en Cuba", en *Cuba Teológica*, Año 2, N° 1-2, enero-diciembre.

- Castro, Fidel (1985). *Fidel y la religión*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
- CEPAL, INIE y PNUD (2004). *Política social y reformas estructurales: Cuba a principios del siglo XXI*. Disponible en <<http://www.eclac.cl/id.asp?id=15003>>. Último acceso, mayo de 2007.
- Chávez Negrín, Ernesto (2000). “Población y crisis económica en Cuba: la familia y la dinámica demográfica del ‘Período Especial’”. Ponencia presentada en el Taller Población y Pobreza en América Latina, Buenos Aires, Argentina, 9-11 de noviembre.
- Consejo Ecuménico de Cuba (1991). “Carta Histórica del Consejo Ecuménico de Cuba”, en *Mensaje*, N° 1-2.
- Consejo de Iglesias de Cuba (CIC) (2006). “Resumen del trabajo del Programa Vida y Salud Comunitaria, marzo 2004-marzo 2006”, La Habana (inédito).
- _____. (s.f.). “Unidos para Servir” (Multimedia). La Habana: Departamento de Coordinación y Asesoría de Proyectos.
- Espina Prieto, Mayra Paula (1997). “Transformaciones recientes de la estructura socioclasista cubana”, en *Paper*. Disponible en <<http://ddd.uab.es/pub/papers/02102862n52p83.pdf>>. Consultada en mayo de 2007.
- Guiribitey, Jacobo J. (1991). “Protestantismo en Cuba. Identidad y proyecto”, en *Heraldo Cristiano*, septiembre-octubre.
- _____. (1996). “El ecumenismo cubano: sus características históricas. Presencia en América Latina”, en *CEHILA Cuba*, N° 1.
- Houtart, François (2006). “El sentido de la ‘lucha contra la pobreza’ para el neoliberalismo”, en *Caminos*, N° 39, enero-marzo.
- Massón, Caridad (2007). “Entrevista a la doctora Noemí Gorrín Castellanos”. La Habana, 3 de mayo (inédita).
- Pérez, Louis A. (2000). “La misión evangélica”, en *Caminos*, N° 19, julio-septiembre.
- Ramírez Calzadilla, Jorge (1997). “Investigaciones actuales sobre el protestantismo en Cuba”, en *Caminos*, N° 8, octubre-diciembre.
- Ramos, Marcos Antonio (1986). *Panorama del protestantismo en Cuba*. San José: Caribe.